

# Voces en la ausencia: José Juan Tablada y Genaro Estrada en su epistolario

Edith Leal Miranda

LAS CARTAS VISTAS COMO OBJETOS de estudio nos revelan la postura de una cierta persona: el emisor, ante su momento; y, aunque mediante un reflejo, también la de su destinatario. Sin embargo, la escritura epistolar es esto, una postura. Ni en un ámbito tan íntimo –como lo es el de la epístola– el emisor puede presentarse tal como es, porque la escritura es, antes que nada, reflexión. Es decir, el individuo que escribe pasa por un periodo de análisis sobre los hechos que va a contar, la manera en que va a dirigirse al otro, el orden en que va a presentar lo que quiere contar. Hay un proceso de selección y jerarquización. Vista de este modo, la epístola pasa del plano de la inocencia al de la conciencia.

Si se piensa en el epistolario de José Juan Tablada y Genaro Estrada podría decirse que se trata de la comunicación entre un promotor del arte mexicano en el extranjero y un funcionario público mexicano. A simple vista no hay más que pueda llamar nuestra atención. Se ve lo que Tablada hace en los Estados Unidos para dar a conocer el arte mexicano y los favores que le pide a Estrada para que realice gestiones en su favor.

Desde la primera carta, el lector se da cuenta de que la relación entre Tablada y Estrada no es del todo equilibrada: Tablada pide innumerables favores a su benefactor para poder llevar a cabo sus tareas. Esta relación es desigual tanto en el sentido material (uno que pide y otro que da), como en el espiritual.

En las cartas Tablada/Estrada el personaje fundamental es el primero, el otro queda desdibujado ante la presencia del emisor/protagonista. No hay la intención de proyectarse en el otro. El pacto epistolar se da de una manera distinta:

el acuerdo tácito es que uno habla y el otro escucha. Estrada se convierte así en un mero pretexto para que Tablada se escriba a sí mismo.

Sin embargo, esta reconstrucción tiene sus matices. A primera vista parecería que a Tablada sólo le interesa ufanarse de sus logros en tierras estadounidenses. Pero dejando a un lado esta visión simplista surge la pregunta de por qué el emisor pone tanto énfasis en su labor como difusor del arte mexicano sin que aparentemente nada importe, ni siquiera su vida íntima.

A José Juan Tablada le toca vivir dos de los periodos más importantes de la historia nacional: el Porfiriato y la Revolución. La paz porfiriana, el orden y el progreso permiten a nuestro personaje incursionar en el mundo de las letras como parte de un grupo producto de la estabilidad dictatorial: los modernistas. Tablada presencié el auge de la vida pública porfiriana y, aunque como otros escritores, se rebelaba contra la mojigatería de la época, los cambios políticos no le fueron del todo favorables. Prueba de ello es la capacidad de transformación y adaptación que tuvo que desarrollar. Sin un régimen que lo cobijara, Tablada tuvo que asumir que el que sobrevive es el más fuerte (visión positivista de la historia). Pero esto no era suficiente pues debía demostrar que además de fuerte era útil (visión moderna de la historia).

Tablada se abraza a una misión que él mismo se confirió: buscar el reconocimiento de México en el extranjero a través del arte, cosa nada fácil si se piensa en la imagen desmoronada y manoseada que se tenía de la nación a partir de la Revolución. Es en el punto climático de esta misión donde se ubican las cartas con Genaro Estrada.

Desde la primera epístola llama la atención una actitud de Tablada que se volverá lugar común a lo largo del epistolario: el afán de rendir cuentas. Informa a Estrada lo que ha escrito, cómo ha logrado penetrar al ámbito cultural norteamericano, los éxitos que ha tenido. Tablada se reconstruye a sí mismo como el portavoz de la cultura mexicana en el extranjero. Su labor parece mesiánica. Numerosas son las ocasiones en que se atribuye avances en las relaciones culturales y políticas entre México y Estados Unidos. Tablada se presenta a sí mismo como indispensable.

Estas cartas rebasan así el espacio de lo íntimo para convertirse en cosa pública pues lo que importa es que sus noticias se difundan mediante Estrada. Tablada se convierte en un comodín que está presente en distintos panoramas de la vida política. Parece no importarle mucho quién está al mando (el general Serrano, Obregón, Calles), sino que el que esté se dé cuenta de que puede servir a la nación. Tablada justifica su permanencia y vigencia en el México moderno mediante su labor de difusor de la cultura. El diálogo entre Tablada y Estrada se vuelve casi nulo.

Pocas son las alusiones que Tablada hace a cartas de Genaro Estrada, a menos que afecten sus intereses.

Visto de esta manera, Tablada se nos presenta como un personaje acomodaticio y hasta un tanto convenenciero. Sin embargo, hay que ser indulgentes y pensar que para el escritor esta actitud era la única que le permitiría sobrevivir en un México convulso; no hace más que adecuarse a esta situación. La política parece no importarle mucho o finge que no le importa para no perder así la estabilidad que había conseguido. Estrada es la contraparte: el hombre político, empapado de los asuntos nacionales, inmerso en los vaivenes de la Revolución.

Para Tablada el arte era una manera de recuperar una tradición cultural que parecía haberse resquebrajado. Su afición por la iconografía mexicana no es gratuita: pretende ver un México estático, con personajes establecidos, inmóviles e inmutables dándole así la espalda al México agitado. El arte se convierte en pequeñas piezas de un rompecabezas, la nación resquebrajada. El autor quiere armarlo e insertarse en él. Con ello lograría la estabilidad.



Lápiz pastel / papel de algodón, 130 x 98 cm

Hilario Galguera, 2006

Es así como José Juan Tablada se presenta más como un personaje que busca incansablemente su espacio en el México del siglo XX. La relación Estrada/Tablada es desequilibrada no tanto por el hecho de que Tablada pida innumerables favores a su benefactor, sino porque espiritualmente no están unidos. No existe entre ellos una relación entrañable. Tablada y Estrada viven en mundos distintos, el primero en el pasado, el segundo en el presente. Los interlocutores no llegan a la intimidad porque sus distintas visiones del mundo se los impiden. Tablada es un solitario. Su horizonte cultural determina que los otros entablen con él una relación de condescendencia. Este es, creo yo, el constante reclamo que hace Tablada a su interlocutor y, en general, a su momento histórico. •

#### Bibliografía

Tablada, Juan José. *Cartas a Genaro Estrada (1921-1931)*. Edición, prólogo y notas de Serge I. Zaitzeff. México: UNAM, 2001.

EDITH LEAL MIRANDA. Es profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.